

Crisis social y cultura

S. P. DE BERENSTEIN Y P. GRINFELD

La des-ocupación del psicoanalista y su práctica actual ¹

Sara P. de Berenstein y Pablo Grinfeld

I) EL CONTEXTO SOCIO-CULTURAL ACTUAL. BREVE INTRODUCCION ACERCA DEL CAMBIO PRODUCIDO EN LOS VALORES

Ya Karl Mannheim (1959) al referirse a la crisis de la estimativa, había apreciado la pérdida de los valores debido a los profundos cambios de la sociedad. Hoy estamos en la Postmodernidad, la era del vacío, como ha dicho Lipovetsky (1983), transitando un mundo que nos cuesta comprender, a pesar de formar parte del mismo. Epoca en la cual predomina el individualismo irrestricto, el narcisismo social.

Los paradigmas científicos (Kuhn, 1962) han variado, y hay un consenso cada vez mayor por el respeto de tal variación y por el reconocimiento de la utilidad que ello brinda en los distintos ámbitos del quehacer humano.²

Como consecuencia del gran influjo de la revolución tecnológica han sufrido también una variación las representaciones establecidas sobre la naturaleza de los hombres en la sociedad (imaginario social, cambio cultural de la mente).

Las ciencias humanas están cambiando en sus concepciones, no sólo por el cambio general de paradigmas que atraviesan sus

¹ Este trabajo es una versión modificada del presentado y discutido en el XXIII Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis, "Psicoanálisis y Cultura: entre el diván y la comunidad" realizado en Gramado, Brasil, septiembre de 2000.

² Hoy imperan los paradigmas de la complejidad (Morin, 1988), de la diversidad, de los sistemas abiertos, el principio de incertidumbre. Los efectos aleatorios han irrumpido en el campo de las ciencias deterministas o probabilísticas de los sistemas cerrados o cercanos a los estados de equilibrio. Y ello también en lo que tiene que ver con las ciencias humanas.

distintas disciplinas, sino sobre todo porque cambia la realidad social que tienen que reflejar, traducir, pensar, y sobre la cual intervenir.

Son cuestiones novedosas, que configuran verdaderos desafíos para nuestro pensamiento, y quehacer psicoanalítico.^{3, 4} Para bien y para mal advenimos a una nueva cultura.

II) CAMBIO DE LOS VALORES ACERCA DEL TRABAJO EN EL CON- TEXTO CONTEMPORANEO

Se podría decir que en el mundo de la modernidad los discursos y prácticas sociales relativas al trabajo estaban implícitas, conformando el marco “natural” donde se desarrollaba la vida. Ahora no sólo tenemos otras representaciones sociales, sino que además se teoriza sobre ellas.

El “homo trabajador” era un constructo correspondiente a la teoría de Max Weber (1930); hoy tenemos un hombre que empieza a pensar distinto acerca del trabajo (Rifkin, 1996; Forrester, 1996). Según esta última autora “ha terminado el mito más venerable que se pueda imaginar: el trabajo... aunque no podemos elaborar el duelo por esa era perdida”, lo que constituye una verdadera “mutación”.

Freud sentó las bases de la salud mental en las capacidades de amar y trabajar. Consideraba que la sublimación de las pulsiones instintivas, a través de la posibilidad que da el trabajo constituía un indicador de la misma. Y aunque su obra psicoanalítica se

³ En términos de multiplicidad y diversidad, con inclusión de la creatividad, que evita el cierre de una linealidad causal neopositivista, dice Ilya Prigogine (1998): “Existe una especie de tendencia general de la vida a la novedad, que sólo puede tener sentido en un universo en el que haya una orientación en el tiempo. Yo diría que el punto de vista que desarrollo incluye no sólo la experiencia de la repetición, de acuerdo a la cual el sol siempre vuelve a salir y las mareas se suceden unas a otras, sino también la creatividad, la novedad”.

⁴ Janine Puget (1997) piensa lo novedoso “... como una alternativa del trabajo psíquico requerido por la presencia de diferentes modelos teóricos y su necesaria articulación... Enfocando este tema desde la mente del psicoanalista, convivirán en él los modelos del pasado de las generaciones, tanto familiares como culturales, los del pasado singular, los del pasado teórico, cuyo tronco común probablemente sea Freud para muchos, y los actuales ligados a teorizaciones de moda, los actuales de la vida cotidiana, los actuales de un contexto científico controvertido y de algún modo los del futuro...” (pág. 479).

desarrolló a partir de la comprensión acabada de las pulsiones (amor-odio, vida-muerte) y de sus manifestaciones afectivas y sexuales, no trató en igual medida lo que hace a ese otro pilar de la salud mental: el trabajo.

En la modernidad se daba por un supuesto implícito la existencia del trabajo para todos (constituyendo las crisis de desempleo meros accidentes subsanables); de ahí que entendemos por qué Freud considera la incapacidad de incorporarse al mundo del trabajo sólo como un mal funcionar de la mente (la neurosis, o la enfermedad mental en general). No pudo tomar en cuenta los estragos que causaría en la mente precisamente la imposibilidad de encontrar el trabajo, como medio necesario para la sublimación, y por ende para mantener la salud. El psicoanálisis no llegó a plantearse las significaciones que adquiriría la falta de trabajo.

El flagelo de la desocupación masiva surgió como un efecto de la sociedad industrial. Si bien el fenómeno no es nuevo, su magnitud, velocidad de aumento y persistencia, sí resultan una novedad. Es uno de los “malestares” de la globalización.

El desempleo implica un vacío; el vacío de la desocupación. Más allá de las necesidades del sustento económico, está la falta (en un primer nivel) de un reconocimiento social. Si tomamos el valor simbólico de los términos, en la sutileza de sus distintas acepciones, estar “des-ocupado” implicaría no poder ubicar el Yo en el lugar (continente) del trabajo, pero también dar cuenta de un lugar que quedó “vacante”.

Dejando de lado las conocidas patologías mentales que puedan tener su razón (desencadenante) en la pérdida del trabajo, queremos destacar someramente una afección, un estado mental, que ya se considera típico: el “síndrome del desocupado”.

El trabajo, más allá de la importancia en cuanto al ingreso económico necesario para la subsistencia, constituye en sí mismo un valor social, en el que se imbrican complejos factores libidinales, narcisísticos, ideales identificatorios, vinculares, etc. La exclusión social da lugar a un mayor riesgo de muerte psíquica, entendiendo a ésta como dominio sobre el psiquismo justamente de la pulsión de muerte, esa fuerza interna de desligadura y desinvertimiento libidinal de la realidad.

Se trata de una muerte relativa que acaece en la subjetividad, de lo que algunos sociólogos (Giddens, 1987) consideran una muerte social, debido a la pérdida de un rol, y del lugar social en

el que la persona es reconocida por el otro. De una forma de “dejar de ser” (Slavsky, 1998).

Los sentimientos de vergüenza y pérdida de la dignidad y de la autoestima –más allá de las características personales– parecen ser un común denominador. Podrían ser atribuidos a la profunda herida narcisística, que lleva a vivenciar el despido como algo inherente a la inferioridad de la propia persona, a pesar que el juicio de realidad señale lo general de la situación.

A medida que el individuo se va incorporando en forma progresiva a la trama social en la que configura su subjetividad, la necesidad básica de pertenencia que se asocia a la identidad social, se ve satisfecha siempre y cuando la integración a un grupo, movimiento, institución, ideología, ofrezca un punto de referencia y de continuidad con un adecuado sostén colectivo.

La desocupación genera vivencias de desarraigo, el desocupado se pregunta: ¿quién soy yo, y para quién? Se siente “nadie”, rechazado. No busca trabajo, justamente, para no exponerse a un nuevo rechazo y desilusión. Es estigmatizado. Y en los momentos de adversidad surgen los autorreproches, la versión vuelta hacia el propio sujeto del “por algo será”.

Se impone al psiquismo un trabajo de duelo: la tristeza se traduce en decaimiento físico, disminución de la autoestima y aislamiento. La mayor incidencia de morbilidad y exclusión social lleva al desocupado a una muerte lenta por desnutrición biológica y psicológica.

III) LA DES-OCUPACION DEL PSICOANALISTA

Consideramos que la desocupación se relaciona con los cambios acaecidos en la cultura.⁵ Pero el contextualizar social y

⁵ La importancia de los cambios sociales y culturales –en nuestra opinión– serían los causantes de un apartamiento del psicoanálisis, aunados a las siempre presentes resistencias (Freud, 1925[1924]). En tanto consideremos al psicoanálisis con una epistemología de las ciencias sociales, debemos tomar en cuenta la conjunción teórica-práctica, puesto que la validez en la construcción de su cuerpo de conocimientos tiene como referente al sujeto social. El Psicoanálisis no es una ciencia dura. Si el sujeto está en un proceso de cambio (y pensamos que así ocurre en la sociedad que nos toca vivir), si resulta hoy otra *praxis* –y ya no aceptamos falsas dicotomías, se imponen nuevas consideraciones epistemológicas en las que marco teórico, concepto del objeto, y métodos, se juntan.

culturalmente el problema de la desocupación del analista no implica que nuestro análisis recaiga en consideraciones sociológicas o culturalistas, las que a más de no ser de nuestra competencia, pensamos podrían esterilizar la indagación de los aspectos específicos en que estas transformaciones se expresan en el campo de la experiencia analítica y en la subjetividad de los analistas. Indagar psicoanalíticamente sobre el tema constituye así un desafío, en la medida que también los psicoanalistas formamos parte de esta sociedad y esta cultura en proceso de transformación.

El “imaginario social” de la práctica del psicoanálisis ha variado mucho, tanto en relación a la práctica instituida en una determinada época (¿hegemónica?), como en lo que corresponde a una determinada franja del espectro de psicoanalistas, en la cual nosotros nos formamos. Y que supone haber tenido como referente a un particular tipo de psicoanálisis, con un determinado sustento teórico y técnico. Aludimos así a una concepción que correspondió a una época, y a un específico círculo psicoanalítico, ceñido a una técnica establecida, “depurada”. Las “nuevas generaciones de psicoanalistas” que ya se ubican ¿con comodidad? en una nueva sociedad, imbuidos de la correspondiente y nueva subjetividad no parecen tener tal preocupación.

Hoy la práctica profesional corresponde más a la *diversidad* de escuelas psicoanalíticas. Coincidimos en la existencia de diferentes aspectos en la identidad del analista, pero necesitamos, desde el punto de vista metodológico, circunscribir nuestro objeto de estudio y enfatizar lo que tomamos como denominador común de un analista. Hacemos así hincapié en la capacidad de sentir, fantasear y pensar como analista (función psicoanalítica de la personalidad). Su funcionamiento mental, consciente e inconsciente, construye o modela una identidad, que si bien al principio es precaria, se va consolidando con la misma tarea hasta devenir autónoma, cuando “se encarna” en la identidad total del psicoanalista.

Se ha escrito bastante acerca de la identidad del psicoanalista. Precisamente se ha discutido si la misma se puede perturbar –por ejemplo– si se trabaja como analista a tiempo parcial, incluida la docencia y si se enriquece (o no) haciendo psicoterapia. Si estas problemáticas preocupaban en Harlesmere hace más de 25 años (Joseph, Grinberg, Widlöcher, 1976), hoy se han agudizado.

No hay que olvidar que la configuración de la identidad depende de un equilibrio entre la inscripción en la división social del trabajo (reconocida por otro ser para no caer en un círculo cerrado imaginario que no refleje lo real) y el empleo auténtico de las “cualidades subjetivas vocantes”.

Hace tiempo ya que esta vocación psicoanalítica de otra época empieza a resultar difícil de realizar con el encuadre clásico, lo que configura una situación “ajena”. Esta pérdida del trabajo psicoanalítico se establece entonces como una experiencia inédita para nuestra generación, y para la cual suponemos no estar preparados mentalmente. Veinte o treinta años atrás estábamos muy ocupados, por la índole misma del tratamiento psicoanalítico, tal como se lo practicaba entonces.

Wender (1965), quien ha contribuido a la comprensión de la dinámica inconsciente de la vocación profesional del psicoanalista, considera que la misma, desde el punto de vista psicoanalítico, es principalmente una respuesta a los requerimientos reparatorios internos, sobre todo cuando dice que para entender el sentido del llamado de la vocación hay que tener en cuenta el vínculo entre un sujeto, o “vocado”, y su objeto interno, o “vocante”. De esta manera “... el objeto internalizado puede pedir, exigir, reclamar, suplicar, etc.; atención, cuidado, reconstrucción, reparación... por los daños, descuidos o manejos de los que ha sido objeto”.

Dependerá de cómo fue en la fantasía la vinculación con el objeto vocante, para que el sujeto (o vocado) responda con una tarea reparatoria específica, es decir con el futuro trabajo, vocación, misión. Se trata de una “constelación vocacional básica” en la medida que implica a las series complementarias, y que tratará de encontrar luego el modo de instrumentarse a través de múltiples determinantes, entre ellos los identificatorios.

Enfatizamos la idea de que la vocación, y el trabajo del psicoanalista precisamente corren el riesgo de “desarticularse”, con la posibilidad de perder o desbalancear su desempeño profesional.

En palabras más recientes (1999), este autor agrega que... “si bien la intención manifiesta dirigida al paciente es vocacional y reparatoria, coexiste con un objetivo no espurio pero sí inconsciente y narcisista del terapeuta, que lo remite a su propia subjetividad: *necesidad de comprenderse comprendiendo en cada acto analítico*”.

Precisamente “uno de los factores de sufrimiento específico del terapeuta en estos tiempos de crisis, es el protagonizar la declinación cuantitativa y cualitativa. Tal vez en lo referente a su condición analítica, no sólo sufra por ‘desatender’ sino porque ello lo dejaría ‘desatendido’.”

IV) PRODUCCION DE LA SUBJETIVIDAD DEL PSICOANALISTA

Consideramos que cuando el analista queda desocupado es de algo específico y no de algo genérico. El psicoanalista, por vía del análisis didáctico, entrena su mente de una manera especial, al analizar el funcionamiento de su mundo mental y sus vínculos.

Enfatizamos la diferencia entre emplear un saber y ejercer una cualidad subjetiva, ya que el impedimento para esta última situación produciría un sufrimiento mayor.

El oficio de psicoanalista, como cualquier oficio, se instala de una manera particular en la cabeza del agente de ese oficio. Es en función de esas “disposiciones adquiridas” por su entrenamiento, que después las tendrá ocupadas. Se dedica a leer, estudiar y comprender determinados textos, trabajando con su experiencia mental y emocional; no se trata de un aprendizaje bibliográfico solamente. Freud decía que un candidato-paciente estaba en condiciones de ser psicoanalista cuando adquiría el convencimiento de la existencia del inconsciente a través de su propio análisis (sueños, actos fallidos, síntomas, etc.). No es alguien que sólo conoce, sino que “tiene que sentir el inconsciente en carne propia”.

Es esta subjetividad psicoanalítica específica la que queda desocupada (Lewkowicz, 1999).

Nos preocupa la actual desocupación de los psicoanalistas en tanto afecta a su trabajo⁶ y por ende a su identidad, su capacidad de pensamiento como psicoanalistas y, en definitiva, a su relación subjetiva con el psicoanálisis, todo lo cual obviamente hace de manera esencial al futuro de nuestra disciplina. Queremos especialmente enfatizar que el problema no consiste en el de un psicoanalista desocupado que no tiene dinero para subsistir, sino

⁶ La clásica diferencia entre trabajo y empleo remunerado, en forma latente atraviesa estas consideraciones.

en el de un psicoanalista cuyas disposiciones subjetivas quedaron desocupadas, desatendidas, y por lo tanto afectadas en su desarrollo y creatividad.

Hemos aludido más arriba a ideas acerca de la patología de la desocupación en general, tales como reacciones melancólicas y paranoides, a las cuales un psicoanalista puede sucumbir, como así también el citado síndrome de desocupación (pérdida de la autoestima, depresión, inferioridad sexual, etc.), que en nuestra profesión podría presentar características particulares. Pero diríamos que estas manifestaciones serían un tanto “macroscópicas”, que precisamente deben diferenciarse de otras, más “microscópicas”, que afectan a las condiciones reparatorias y a su subjetividad.

La des-ocupación conlleva un sentimiento de des-ubicación, de descolocación, de confusión, en la medida que no es lo habitual de la tarea cotidiana.

Y entonces, desde esta situación, consideramos que la falta de hábito para tolerar el tiempo libre induce una “sobreocupación” en otras actividades, a las que denominamos “vicariantes”, y que creemos no necesarias para mantener nuestra identidad. Esta no se conserva multiplicando –por ejemplo– el saber psicoanalítico sino dándole “ocupación” a los objetos internos, y ejerciendo la actividad vincular que se lleva a cabo con el paciente en el espacio inter y transubjetivo (ya que se trata de un “hacer con el otro”).

Por otra parte el tema nos lleva necesariamente a plantear si esas cualidades, que hacen a un sujeto analista, sólo se despliegan en la tarea psicoanalítica, y de no ser así nos preguntaríamos: 1) ¿Qué tipo de prácticas comprometen un uso razonable de esos objetos internos, en algún tipo de producción? 2) ¿Qué implica la actividad de reparación cuando no se trata sólo de psicoanalizar pacientes? 3) ¿Qué otras actividades profesionales tendrían que ver con aplicaciones de los conocimientos psicoanalíticos?

Incluimos aquí una viñeta clínica reciente cuyo contenido produjo un llamativo sentimiento de alegría en la analista.

La señora S., en la cuarta entrevista de conocimiento previa al inicio posible de un tratamiento, sueña –por primera vez después de más de 5 años, dice ella– con la “imagen” que tenía de su madre antes que ésta enfermara del cáncer que, después de mucho sufrimiento, la llevó a la muerte (y a la paciente a una depresión intensa).

La alegría en la analista provenía de la perspectiva de que su subjetividad como tal “hubiera sido convocada” por la tarea; así podía poner a trabajar los recursos obtenidos en su formación analítica. Más específicamente, la alegría resultaba de su sentir por la creación de un vínculo, en la medida que la paciente había producido un sueño con la madre –pero esta vez sana, lo que ocurría por primera vez después del intenso sufrimiento ocasionado por la larga enfermedad y muerte. Pensaba, o intuía, la analista, lo que le brindaba cierto confort, que la paciente se estaba ya vinculando por efectos de la relación transferencial.

Como producto de la comprensión psicoanalítica se crea un vínculo, de resultados del cual se estimula un movimiento dentro del psiquismo de la paciente: pasa de su madre interna “moribunda” a la otra, “más vital”, que le dio vida, sostén, y permitió su desarrollo e identidad. La intensa angustia, de tinte persecutorio, que presentaba la paciente en las consultas previas fue disminuyendo.

En este material se ve que no sólo repara a la propia madre sino también a la analista. Si el sueño soñado es “novedoso” en relación a lo que soñaba antes, implica –según nuestro criterio– la producción de un cambio, consecuencia de la recepción de las interpretaciones. Esto último es también reparatorio para la analista.

Así podríamos decir que en condiciones de desocupación profesional, reparar y repararse son términos correlativos. Cuando el analista está des-ocupado, no tiene en quien ocupar sus propios aspectos reparatorios disponibles, y como consecuencia carece de la posibilidad de ejercer su subjetividad.

Quizás sea pertinente mencionar aquí, que una comprensión tal del material mostrado, resulta de una subjetividad forjada en una formación psicoanalítica clásica.

Lo expuesto hasta aquí intenta dar cuenta de las consecuencias singulares del “desempleo” en el psicoanalista, considerándolo un caso especial del mismo.

Tanto la pérdida del trabajo, como la pérdida de una realidad (en la que se habría producido una idealización en cuanto a la técnica que hemos preconizado), llevan al analista a elaborar diversos duelos. La pérdida del psicoanálisis de “otros tiempos”, además de no “encajar” con la época actual, puso en evidencia

que no siempre resultó eficaz, ni tampoco la panacea esperada. Ello es causa de desilusión.

Sintetizando podríamos decir que el desarrollo que hacemos se encuadra dentro de tres líneas ideológicas distintas:

Una primera, sería decir que el oficio desapareció del planeta y entonces habría que hacer el duelo por el oficio perdido; versión pesimista. Sin embargo el Psicoanálisis, como terapia, estaría en vías de adquirir una madurez (107 años es poco tiempo) que, contando con la invariable de la eterna conflictiva humana, lo llevará a nuevas formas, que es lo que se está dando en la actualidad. En cuanto al Psicoanálisis como disciplina científica, basta leer hoy cualquier ensayo de teoría política, sociológica, antropológica, bucear en la literatura, adentrarse en la crítica literaria, indagar en el pensamiento filosófico actual, o simplemente ir al cine, para darse cuenta que el psicoanálisis está implantado y florece en diversos territorios.

Otra línea, que critica un poco injustamente otras técnicas psicoterapéuticas, sería decir que el oficio no desapareció, pero que “el oro puro del psicoanálisis fue aleado con el cobre” (Freud, 1919 [1918]) y eso sería lo que produce el desempleo actual, postura con la cual señalamos nuestro desacuerdo. En ella el desempleo sería culpa del desempleado: éste hizo mal las cosas y por eso perdió el empleo (explicación que desde una perspectiva epistemológica puede ser necesaria pero no suficiente).

Creemos que en ninguna de las dos posiciones planteadas se produce un pensamiento elaborado, porque la primera, considerada pesimista, hace recaer todo el peso en la desaparición del oficio, mientras que la segunda, más optimista, en tanto permite la conservación del oficio, implica a nuestro juicio cierta omnipotencia y negación de una nueva realidad social, resultante de un cambio contextual, cambio histórico, sociocultural y, por ende, ideológico.

Por nuestra parte preferimos jerarquizar otra posición, a la que consideramos productora de pensamiento. Estaría relacionada con los reemplazos genuinos, y en nuestra opinión debería ser objeto de investigación.

Ahora bien, ¿cuáles serían los reemplazos genuinos? Dentro de lo que hemos venido planteando un reemplazo lo sería si, al mismo tiempo que convoca a los objetos vocantes, es susceptible de inscripción en la subjetividad del analista. Nos preguntaría-

mos entonces: ¿pueden otras ocupaciones suplir las condiciones mencionadas?

Aquí entrarían en consideración tanto la idea del reciclaje, como el concepto de lo novedoso. Es obvio que hay actividades que si bien difieren entre sí, pueden tener una significación vocacional y subjetiva equivalente.

Entendemos tales actividades como formas singulares de “dar solución” al problema, y no distraer del mismo. Pueden resultar adecuadas para sustituir la tarea analítica sin lesionar esa condición subjetiva del analista, que lo implica en la actividad reparatoria. ¿Depende ello sólo de la tarea de analizar pacientes bajo determinadas condiciones contractuales, “ortodoxas”?

Precisamente nos interrogamos sobre esto. En rigor de verdad ahora y siempre los niveles de ocupación que los psicoanalistas han dedicado a los tratamientos han sido variables. Hubo épocas en las cuales era una decisión personal el tiempo que se quería dedicar a la atención de pacientes y eso no alteraba en lo esencial la creatividad del analista ni su cualidad subjetiva como tal. Diferente es –pensamos– si la situación de desocupación actual, “forzada”, que genera malestares económicos e incertidumbres de los proyectos de futuro, afecta de manera esencial a la relación del psicoanalista con el mismo psicoanálisis. Podría experimentar entonces el malestar de transgredir su relación con el reconocimiento de lo inconsciente y la verdad, dimensiones fundamentales de su ser psicoanalista. Justamente es eso lo que está sucediendo con muchos analistas, que para subsanar las penurias del desempleo aceptan desarrollar tratamientos que contrarían lo esencial de su formación y su identidad, con lo cual no sólo lastiman esta última, sino que comprometen al psicoanálisis con una banalización bastante habitual en la cultura actual.

Al decir de Galende (2001), en una posición de optimismo, “... los individuos sufren y experimentan la pérdida del empleo como una precarización de su identidad social y del sustento económico, pero a la vez son capaces de reinventar formas de trabajo en las que sostienen lo esencial de su ‘homo faber’, es decir condiciones de articulación del ser con la capacidad de transformar algún sector de su realidad”. Así, también nosotros consideramos a los reemplazos genuinos como la posibilidad de recrear la significación vocacional y las condiciones subjetivas psicoanalíticas en otras actividades. Señalamos entonces la posibilidad de

nuevas formas de atención clínica, que reconocen los cambios culturales y subjetivos de la época, más que los condicionantes económicos.

Nos referiremos enseguida a ello, a cómo se abordan desde el psicoanálisis esas otras formas de intervención, sobre familias, instituciones escolares, hospitales, o en el trabajo comunitario, con lo que arribamos a la práctica de hoy.

V) UN ESTADO ACTUAL DE LA PRAXIS PSICOANALITICA

Después de una época pionera, febril, en la cual el psicoanálisis se interesó por aplicar sus novedosos descubrimientos a distintas manifestaciones humanas, tales como la educación, la delincuencia (Aichorn), enfermedades diversas (epilepsia, obesidad, etc.), nuestra disciplina se dedicó a perfeccionar el andamiaje conceptual, y su corolario técnico. Consolidado esto, hoy vuelve su mirada a los “problemas del mundo”, habiéndose desplegado así, a modo de abanico, distintas formas del psicoanálisis.

Pensamos que la enorme riqueza conceptual del psicoanálisis contiene desarrollos potenciales en los que cabe buscar posibles respuestas a las inquietudes de nuestra época, y que de hecho existe una *diversidad de su práctica actual*. Dado que existen diversas lecturas teóricas del psicoanálisis, que a su vez dan lugar a distintas técnicas (teorías de la técnica), y a una praxis también distinta (Althusser, 1964). Y dado que el cambio actual en la subjetividad, de hecho, establece una nueva praxis, la que a su vez incide en nosotros, nos marca, nos instituye, y necesariamente nos obliga a una nueva teorización (que todavía no se ha hecho).

Diversidad de formas de nuestro ejercicio que entendemos resultan de una suerte de adecuación a las demandas de la sociedad actual, y también –es de reconocer– a la necesidad de trabajar que tiene el psicoanalista (de la identidad, vocacional, subjetiva, y económica).

Así caemos de lleno dentro del debate diversidad-universalidad, que hoy tiñe todas las consideraciones científicas, intelectuales y artísticas. Se rescatan los particularismos, la singularidad; casi el culto de lo diverso. Y el psicoanálisis –como lo hemos

ya planteado– no escapa a ello (Berenstein, S. P. de, y Grinfeld, P., 1994, 1996).

Los “diferentes” psicoanálisis señalan el fin de una forma unívoca del mismo. En tanto ello implique un pluralismo teórico, nos permite hacer referencia a “los dividendos epistemológicos” que resultan del respeto de la diversidad (Geertz, 1996). De no ser así nos remite en cambio a los obstáculos que surgen en los intercambios, no sólo interdisciplinarios, sino también entre los mismos psicoanalistas (“babelización”).

Es decir que el enriquecimiento (o no) de nuestra disciplina dependerá del respeto por las diversidades del conocimiento, y del logro de una identidad integrada (y no proteiforme). De la tensión entre lo universal y lo particular surge el conocimiento.

A modo de ejemplo (Serebriany y col., 2001), nos resultó significativo el registro de un alto número de colegas que son requeridos, especialmente por su condición de psicoanalistas, para trabajar en diversos contextos de la sociedad. Los autores denominan “ampliaciones del psicoanálisis” (cuando el objetivo de la tarea sigue siendo explícitamente terapéutico, cualquiera sea la definición de la “cura”, y existe un paciente: individuo, familia, pareja, institución), mientras que llaman “aplicaciones del psicoanálisis” a aquellas situaciones en las que sólo quedan involucrados algunos de los factores mencionados por Freud (1923[1922]) en su definición acerca del Psicoanálisis.⁷

No diferenciamos aquí si de “aplicación” o “ampliación” se trata, sino que jerarquizamos la presencia de un “pensamiento psicoanalítico”, como un factor común en todas las aplicaciones o ampliaciones, “lo universal”, presente –pensamos– en el espíritu de Freud. También escapa a los límites de este trabajo considerar las modificaciones técnicas que estas diferentes prácticas requieren. O problematizar respecto a los factores externos, o internos (propios del encuadre psicoanalítico) que lo afecten.

En cambio, sí queremos destacar cómo el psicoanalista hoy es convocado a “entender” esas distintas situaciones porque, como tal, tiene una visión ampliada del funcionamiento mental, pertinente para una mayor comprensión de las problemáticas humanas

⁷ “Psicoanálisis es: 1. el nombre de un procedimiento para indagar procesos anímicos no accesibles por otras vías; 2. un método de tratamiento de perturbaciones neuróticas basado en esa indagación y 3. un conjunto de intelecciones que fundaron una nueva disciplina”.

(por ejemplo de las parejas con dificultades en la concepción de un hijo). De ahí la intervención de los psicoanalistas en lo inherente a la Adopción y a la Fertilización Asistida.

Así vemos que al Psicoanálisis se le brinda un lugar en instituciones educativas, hospitalarias, servicios de atención a la comunidad. Y no solamente ofrecemos respuestas a tal demanda (posición tal vez teñida de nuestra omnipotencia), sino también que hoy “ofertamos” nuestros conocimientos, nuestro “know how”.

¿Podríamos hablar de “una nueva identidad del psicoanalista”? ¿Se trataría de psicoanalistas “diferentes”, desempeñándose en nuevos contextos de producción de pensamientos y acciones? Si es dable pensar que estos contextos —en una nueva dialéctica— afectarán sin duda nuestra identidad, pensamos que en tanto nuestra escucha no confunda los contenidos manifiestos con los inconscientes, seguiremos sustentando, cual invariable universal, la esencia de la identidad psicoanalítica.

En un sentido metafórico podríamos decir que empezamos a funcionar como en una “confederación” de psicoanalistas, pues se trata de una “Cosmovisión de la Diversidad” (de analistas), lo que suena extraño. Convivir con lo extraño es dar cabida a un modelo que implica la consideración del otro, salir del solipsismo.

Por último, resulta obligado mencionar que el tema conduce necesariamente a las fronteras interdisciplinarias, con las situaciones que ello suscita.

* * * *

A lo largo de este trabajo hemos intentado dar lugar a un tema actual, interesante y polémico, y si bien los analistas en la intimidad hablan del mismo, éste aún no ha tomado estado público de problema teórico. Lo que sí tiene estado público es decir que cambiaron las condiciones de trabajo (la sociología de las profesiones denuncia la proletarización y burocratización de las denominadas profesiones liberales). Aunque en el medio profesional no se aluda a qué cosas le pasan al analista con estos cambios, y tampoco en qué cosas anda el analista mientras le está pasando esto, nos propusimos destacar los aspectos específicos de la desocupación del psicoanalista, y la realidad, de hecho, de su práctica actual.

Pensamos que para colaborar en el cuidado de la salud mental que hoy el mundo nos plantea, contamos con legítimos y potentes recursos derivados de los múltiples desarrollos de nuestra disciplina. Es una realidad social con nuevas demandas y cambios en sus valores (que no suelen coincidir con los del psicoanálisis), a lo que se agrega la necesidad de los psicoanalistas de mantener la vigencia de la profesión. Ello nos plantea fuertes desafíos a los cuales no podemos escapar.

BIBLIOGRAFIA

- ALTHUSSER, L. (1964). *Freud y Lacan*, Bs.As., Nueva Visión, 1988.
- BERENSTEIN, S. P. DE, Y GRINFELD, P. (1994). Algunas consideraciones acerca de la identidad sexual en la actualidad. XX Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis, Lima, 1994. Publicado en *Psicoanálisis*, Apdeba, 19: 371, 1997.
- (1996). Un acercamiento al psicoanálisis de la sexualidad en la Posmodernidad. XVIII Simposio y Congreso Interno, Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, *Actas*, 1996.
- (2000) “La des-ocupación del psicoanalista”, XXIII Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis, septiembre de 2000. Gramado Brasil.
- FORRESTER, V. (1996) *El horror económico*, Fondo de Cultura Económica, 1997.
- FREUD, S. (1919 [1918]) Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica. *Obras Completas* 17: 151-163, Amorrortu Ediciones, Buenos Aires, 1979.
- FREUD, S. (1923[1922]) Dos artículos de enciclopedia: “Psicoanálisis” y “Teoría de la libido”. A. E. vol. XVIII, pág. 249.
- FREUD, S. (1925 [1924]) Las Resistencias contra el Psicoanálisis. *Obras Completas* 19: 223-231, Amorrortu Ediciones, Buenos Aires, 1979.
- GALENDE, E. (2001). Discutidor del trabajo “La des-ocupación del psicoanalista”, presentado en el Ateneo Científico del 26 de junio de 2001, Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.
- GEERTZ, C. (1996) “Los Usos de la Diversidad”, Paidós Ibérica, Barcelona e I.C.E., U.A.B., 1996.
- GIDDENS, A. (1987). *Social Theory and Modern Sociology*, Standford University Press, Standford, California, 1996.
- JOSEPH, E., GRINBERG, L., WIDLÖCHER, (1976) La identidad del psicoana-

- lista. Simposium de Harlesmere, IPA, 1976.
- KUHN, TH. S. (1962) *La Estructura de las Revoluciones Científicas*. Mexico, F.C.E., 1980.
- LEWKOWICZ, I. (1999) Comunicación personal.
- LIPOVETSKY, G. (1983) *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Anagrama, Barcelona, 1986.
- MANNHEIM, K. (1959) *El Diagnóstico de Nuestro Tiempo*, F.C.E., México, 1959.
- MORIN, E. (1988) "Articular los saberes", Universidad del Salvador, Bs.As., 1988.
- PRIGOGINE, I. (1998) *La Nación*, Buenos Aires, 25 de enero de 1998.
- PUGET, J. (1997). "Subjetividad y sexuación", *Psicoanálisis*, Vol. XIX, Nº 3, 1997.
- RIFKIN, J. (1996) *El Fin Del Trabajo*, Buenos Aires, Paidós, 1996.
- SEREBRIANY, R., Y COLAB. (2001). "Aplicaciones del psicoanálisis: reflexiones acerca de sus implicancias teórico-prácticas". Workshop, XXIII Simposio y Congreso Interno, Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, noviembre de 2001.
- SLAVSKY, D. (1998) El dolor de ya no ser. *Actualidad Psicológica*, Buenos Aires, abril de 1998.
- WEBER, M. (1930) *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, Londres: Allen and Unwin, 1930.
- WENDER L. (1965) "Psicoanálisis de la vocación", *Rev. Psicoanálisis*, Vol. XXII: 69-97.
- (1999) "El psicoanalista y la interpretación. Efectos de la interpretación en el analista". Aportación al panel de homenaje a H. Etchegoyen, Apdeba, 1999.

Sara P. de Berenstein
República de la India 2921, 10º
1425 Capital Federal
Argentina

Pablo Grinfeld
Juncal 3150, 9º "A"
1425 Capital Federal
Argentina